

ANTONIO GUIJOSA Y GÓMEZ, UN POETA ROMÁNTICO OLVIDADO DE CABRA

Manuel Urbano Pérez Ortega

Muy pocos datos, contados, poseemos de esta figura de escasa notoriedad literaria en el ámbito provincial, a la par que de indudable interés. Su padre, natural de Cabra del Santo Cristo, debió fallecer en Madrid con posterioridad a 1882, fecha en la que éste, como veremos, testa sus bienes. Licenciado en jurisprudencia por la Universidad Central, abogado, miembro de la Junta de Oficiales de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, de Jaén, desde diciembre de 1853, Secretario de la Junta Provincial de Instrucción Pública, Inspector de las Escuelas Normales y Secretario del Instituto Provincial, desde cuyo puesto redactó, en unión del director, el también prosista Manuel Muñoz Garnica, un informe sobre la necesidad de la creación de una Escuela Industrial de Agricultura en Jaén, en 1850; fecha que nos induce a pensar en que ejerció de una brillante juventud, puesto que nació en Cabra del Santo Cristo en diciembre de 1832¹ y fuera el mayor de de los cuatro hermanos habidos en el matrimonio: Ambrosio –primer nombre de pila, por el que fuera menos conocido y el que se le diera al ser el del abuelo paterno–, Ana María, Emilio e Irene².

¹ Agradezco a Antonio Rodríguez Pardo su gestión para obtener la partida de nacimiento de nuestro hombre, inscrita en el libro de Bautismos, n.º 15, folio, de la Parroquia de Nuestra Señora de la Expectación, de Cabra del Santo Cristo, que transcribimos íntegramente:

En la villa de Cabra del Santo Cristo, a seis de diciembre de 1832, yo el infrascrito Cura de su Iglesia Parroquial bauticé solemnemente en ella a un niño, poniéndole por nombre Ambrosio, José Antonio Ramón Sabas de la Santísima Trinidad, hijo legítimo de Francisco de Guijosa y Manuela Gómez, su legítima mujer. Nieto por línea paterna de D. Ambrosio de Guijosa y María de Quesada, y por la materna de Ramón Gómez y Margarita Rodríguez; el padre y los abuelos paternos, naturales de esta villa; la madre, de la de Jódar; el abuelo materno de Valdepeñas de la Mancha y la abuela materna de Torrenueva en el mismo Arzobispado. Nació a las doce en el día de ayer. Fueron sus padrinos nombrados por sus padres Francisco de Guijosa y Margarita González, sus tíos, a los que advertí el parentesco espiritual y obligaciones contraídas en este Sacramento. Doy fe.- Fdo: D.º Diego M.º Caro.

² Su padre, Francisco Guijosa de Quesada –Cabra del Santo Cristo, 29 de julio de 1808; Madrid, 16 de agosto, de 1883–, abogado de profesión, en un cuaderno particional efectuado ante el notario de Madrid José Miguel Rubias, fechado en 30 de mayo de 1882, cita como hijos a los cuatro ya reseñados.

Por cuanto hace a su creación poética, que debió ser bien reducida, sólo tenemos noticia de su colaboración en *El Romancero de Jaén*, libro tenido como lírico mensaje de lealtades históricas y entrañables tradiciones, el que fuera escrito por encargo a los poetas coterráneos de mayor relieve y editado con ocasión de la visita de Isabel II a la provincia³, y, un año después, 1863, otra en la revista madrileña *La Violeta*.

“La cruz del pósito”, que compendia *El Romancero*, recoge una leyenda tradicional jaenera de gran sabor romántico, a la que Guijosa poco más que versifica en romance de evidente linealidad, aunque no exento de aceptable pulso narrativo y cierta intriga en el desenlace, lo que le hace ser, dentro de los jaeneses, uno de los textos más apreciados de su estilo y momento histórico.

Una cruz en piedra –lo que anotamos para el lector ajeno a las tradiciones giennenses, y porque explica un tanto la leyenda– que originariamente fuese la picota y la que aún se alzaba frente a la fachada del antiguo pósito de la ciudad de Jaén, lugar que servía de albergue a la tahurería, cuando se redactara *El Romancero*. Demolidos el pósito y la cruz, la de hierro, que se eleva hoy sobre una columna barroca en la actual plaza de su nombre, se levantó en las décadas centrales del siglo XX.

Mas, por cuanto podamos decir, quede íntegro el romance que, según el autor confiesa, tomara de anónimos labios populares.

LA CRUZ DEL PÓSITO

El siglo décimo quinto
muere ya, de sus empresas
al panteón de la historia
dejando gloriosas fechas.
Es de noche: una Ciudad
que es de la lealtad emblema,
de los árabes codicia,
y del suelo andaluz puerta,
muda al pie de una montaña
y en negras nubes envuelta
oye al huracán que silva
al sacudir las veletas,
y ve rasgar al relámpago
brillante las sombras densas.
El agua cae a raudales,

Por su parte, Miguel Moreno Jara –“El romancero de Jaén”, en *Claustro poético*, nº 12; Jaén, 2001–, manifiesta poseer documentación de que el poeta fue el suscriptor número 1227 del trisemanario *La Regeneración*, aparecido en 1897. Claro queda, de nuevo, que es Ambrosio, José, Antonio, Sabas, de la Santísima Trinidad nuestro hombre.

³ Impta. de Francisco López Vizcaíno; Jaén, 1862, págs. 229 y sts. Existe edón. facsímil, excelentemente prologada por Manuel Caballero Venzalá; Edit. Diputación Provincial de Jaén, Jaén, 1999.

brama ronca la tormenta,
y no hay un bulto que cruce
las tristes calles desiertas.
Duerme Jaén; tal vez sólo
dos hombres callados velan;
uno entre la sombra espía,
y otro al pie de una cruz reza.
Quienes son calla la historia,
mas la tradición lo cuenta,
y yo narrarlo pretendo
tomando al vulgo por lengua.

II

Vino a Jaén desde Flandes
doncel de noble presencia
capitán de aquellos tercios,
rico en honores y en rentas.
Buscando dulce descanso
a las fatigas guerreras,
casó con Doña Beatriz,
hija de Iñigo de Uceda.
Mas tomó en mal hora estado;
que la dama ilustre y bella
se unió tal vez al de Osorio
por razones de nobleza,
y a otro hombre su pecho amante
daba adoración secreta
mientras de esposa a Don Diego
daba la mano en la Iglesia.
Pasaron meses y años
y fuese tedio o sospechas,
de su pasión al de Osorio
quedaron sólo pavesas.
Doña Beatriz del desvío
lloró en silencio la pena;
y si no en el amor herida,
lastimada en la soberbia.
Y así los días pasaron
guardándose ambos sus quejas
y abriendo con el silencio
camino a pasiones nuevas.

Y en orgías borrascosas
y en aventuras secretas
quiso de su amor primero
borrar Osorio las huellas.

III

En la casa de Gil Pérez
y en angosta callejuela
hay varios hombres reunidos
en redor de una ancha mesa.
Nobles son, si no en los hechos,
al menos en la ascendencia,
los que de Gil en la casa
ponen a un dado su hacienda.
Con ellos está el de Osorio,
pero con suerte tan negra,
que no tira vez los dados
que lo que marca no pierda.
Pero Don Diego no es hombre
que en sus propósitos ceda,
y así mientras más desgracia
más tesón pone en vencerla.
Luchando con su fortuna
perdió así puesta tras puesta,
primero el oro y después
las alhajas y las tierras.
Ebrio de ira a su escudero
llama y que le traiga ordena
cierta joya a Beatriz dada
al desposarse con ella.
Partió el escudero y pronto
volvió con esta respuestas:
"Doña Beatriz, vuestra esposa,
la joya a entregar se niega;
porque siendo, según dice,
de vuestros amores prenda,
sólo a vos y por su mano
hará tan costosa entrega.
Para eso aquí se dirige
seguida de la su dueña;
salir vos a recibirla,

Señor, que estará ya cerca".
Rieron los jugadores,
montó el de Osorio en soberbia
y ciego salió a la calle
la mano en la daga puesta.

I V

Volvió a casa de Gil Pérez
Osorio la vista inquieta,
lívido el labio y la frente
de frío sudor cubierta.
Puso en la mesa una joya
y al tirar con mano trémula
los dados, oyó en la calle
su nombre a una voz resuelta:
"¿En dónde está el asesino
de Doña Beatriz de Uceda?
justicia demando o plaza
para vengar tal vileza".
Puesta en la espada la mano
bajó Osorio la escalera;
que acaso de antiguos celos
sintió la herida entreabierta.
Tiraron los jugadores
dados y lámpara y mesa,
y guardando las ganancias
buscaron raudos la puerta.
Llegó a la calle Don Diego
y hallándose un hombre en ella
cerró con él y de entrambos
fueron las espadas lenguas.
Mas como iba Osorio ciego
y hallose una mano diestra,
bien pronto corrió la sangre
que le quemaba en las venas.

V

Duerme Jaén, en sus calles
tan sólo dos hombres velan,
uno entre la sombra espía,
y otro al pie de una cruz reza.

-Qué voto cumple el romero,
pregunta al que ora, el que observa.

-Vengo a rogar por las almas
del de Osorio y la de Uceda.

-¿Sabéis esa historia?

-Al cielo

pluguiese no lo supiera,
y esta cruz no fuera entonces
mudo juez de mi conciencia.

-¿Luego sois...?

Don Lope de Haro

de Doña Beatriz la Bella
galán un tiempo, y más tarde
su vengador en la tierra.
Partió el romero; el espía
quedó inmóvil de sorpresa
frente a la piedra que el nombre
de Cruz del Pósito lleva.

.....
.....

A otro día cuando el sol
iba a mediar su carrera,
entraba Don Lope de Haro
de San Francisco en la regla.



La cruz del Pósito.
Colección: Cerdá y Rico